

LOS HECHOS DEL REY ARTURO
Y SUS NOBLES CABALLEROS

JOHN STEINBECK

LOS HECHOS
DEL REY ARTURO
Y SUS NOBLES
CABALLEROS

SEGÚN LA OBRA DE
SIR THOMAS MALORY
Y OTRAS FUENTES



Consulte nuestra página web: www.edhasa.es
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original:
The Acts of King Arthur and his Noble Knights

Diseño de la sobrecubierta: Iborra

**De esta obra, Edhasa ha publicado una Guía de Lectura
para el profesorado que la solicite acreditando su condición**

Primera edición en Pocket Edhasa: 1988
Decimoprimer reimpresión: enero de 2005

© Elaine Steinbeck, 1976
© de la traducción: Carlos Gardini
© de la presente edición: Edhasa, 1979 y 1988
Avda. Diagonal, 519-521. 08029 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
E-mail: info@edhasa.es
<http://www.edhasa.es>

ISBN: 84-350-1563-7

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Impreso por Romanyà/Valls, S.A.

Depósito legal: B-50.488-2004

Impreso en España

Whan of IX wyntre age

I to the siege with Kinge Artours fellowship amonge knyghtes
most orgulous and worshippful as one on lyve

In the dayes quate lacke was of squyres of hardnesse and noble
berte to bere shelde and glayre to kechle harness and succoure
wounded knyghtes

Than it chaunced that squyre lorde dures fell to my syster of
VI wyntre age that for jantyl prouesse had no felawre lymge
Vt haps somtymes in saddnesse and pryde that who faithful serues
is not faithful sene to my syster and sither syster squyre dures
ret undubbed

Wherefore this daye I maik amendys to my power and rayse
hir knyghte and giff hir lorde

And fro this hender she shall be byght for Mayne Stymbec
of the Vayle Salinus

GOD gyve hir worshypp saunz jaupardre

Jehan Stymbec de Montray

Miles

—

A los nueve años ocupé un sitio en la cofradía de los caballeros del rey Arturo, con tanto orgullo y dignidad como el que más.

En esos días harto escaseaban los escuderos aguerridos y de noble corazón que portaran escudo y espada, ciñeran arnés y socorrieran a los caballeros heridos.

Entonces acaeció que los deberes escuderos recayeron en mi hermana de seis años, cuya gentil bravura era incomparable.

A veces ocurre, para tristeza y lamentación, que quien sirve con fidelidad no es reconocido como fiel servidor, y así permanecieron en la sombra los trabajos escuderos de mi bella y leal hermana. Por lo tanto, en el día de hoy hago las enmiendas que están a mi alcance, y la nombro caballero y le rindo mi homenaje. Y a partir de esta hora llámesela sir Marie Steinbeck de Valle Salinas.

Dios le dé gloria sin mengua.

John Steinbeck de Monterrey
Caballero

INTRODUCCIÓN

Hay muchas personas que olvidan, cuando crecen, lo mucho que les costó aprender a leer. Quizá se trate del mayor esfuerzo emprendido por un ser humano, y debe afrontarlo cuando niño. Un adulto rara vez sale triunfante de esa empresa, la de reducir la experiencia a un orbe de símbolos. Los seres humanos han existido durante mil millares de años, y sólo han aprendido esta artimaña —este prodigio— en los diez últimos milares de los mil millares.

No sé hasta qué punto mi experiencia es común a todos, pero en mis hijos he observado el pasmado tormento del aprendizaje de la lectura. Ellos, al menos, comparten mi experiencia.

Recuerdo que las palabras —manuscritas o impresas— eran demonios, y los libros, que tanto me torturaban, mis enemigos.

Cierta literatura impregnaba la atmósfera que respiré. Absorbí la Biblia por los poros. Mis tíos sudaban Shakespeare, y el *Pilgrim's Progress* de Bunyan vino mezclado con la leche de mi madre. Pero esas cosas me entraron por los oídos. Eran sonidos, ritmos, imágenes. Los libros eran demonios impresos, las pinzas y

las empulgueras de un suplicio ultrajante. Hasta que ocurrió que una tía, con fatua ignorancia de mis rencores, me regaló un libro. Contemplé con odio la impresión en negro, y luego las páginas paulatinamente se abrieron y me permitieron la entrada. El prodigio ocurrió. La Biblia, Shakespeare y el *Pilgrim's Progress* eran patrimonio común. Pero este libro era mío. Era un ejemplar ilustrado de la *Morte d'Arthur*, de Thomas Malory, según la edición de Caxton. Adoré la anticuada ortografía de las palabras, y también las palabras en desuso. Es posible que haya sido este libro el que inspiró mi fervoroso amor por la lengua inglesa. Descubrir paradojas me deleitaba: que *cleave* significa tanto unir como separar; que *host* alude tanto a un enemigo cuanto a un amigo hospitalario; que *king* ('rey') y *gens* ('pueblo') proceden de la misma raíz. Por un tiempo, gocé de una lengua secreta: *yclept* y *hyght* para decir «llamado», *wist* para «conocer», *accord* para decir «paz», *entente* para decir «propósito», y *fyaunce* para decir «promesa». Moviendo los labios, pronunciaba la letra llamada *thorn*, como una «p», a la cual se parece, y no como una «th». Pero en mi pueblo, la primera palabra de *Ye Olde Pye Shoppe* ('La vieja pastelería') se pronunciaba *yee* [ji:], así que supongo que mis mayores no estaban mucho mejor que yo. Fue sólo mucho más tarde cuando descubrí que la «y» sustituía a la *thorn* perdida.¹ Pero al margen de que fueran glo-

1. La letra rúnica *thorn* se utilizaba, en inglés antiguo y medieval, para los sonidos que en inglés moderno se transcriben con *th* (*there*, *theatre*). Los primeros impresores la transcribieron como «Y», de ahí que el artículo definido, *the*, llegara a pronunciarse *yee*. (*N. del T.*)

riosas y secretas —*And when the chylde is borne lete it be delyvered to me at yonder privy posterne uncrystened*—,² yo, curiosamente, conocía las palabras de tanto susurrármelas a mí mismo. La misma extrañeza del lenguaje bastaba para hechizarme y sumirme en una escenografía antigua.

Y esa escenografía enmarcaba todos los vicios que hubo siempre, además del coraje, la tristeza y la frustración, y sobre todo el heroísmo, acaso la única cualidad humana forjada por Occidente. Creo que mi percepción del bien y del mal, mi sentimiento de *noblesse oblige*, y todas mis reflexiones contra los opresores y a favor de los oprimidos provinieron de este libro secreto. Este libro no ultrajaba mi sensibilidad como casi todos los libros infantiles. No me asombraba que Uther Pendragon codiciara a la mujer de su vasallo y la tomara mediante engaños. No me asustaba descubrir que había caballeros malignos además de caballeros nobles. También en mi pueblo había hombres que lucían los hábitos de la virtud pero cuya maldad me era conocida. En medio del dolor, la pesadumbre o el desconcierto, yo volvía a mi libro mágico. Los niños son violentos y crueles, y también bondadosos; yo era todas estas cosas y todas estas cosas estaban en el libro secreto. Si yo no sabía escoger mi senda en la encrucijada del amor y la lealtad, tampoco Lanzarote sabía hacerlo. Podía comprender la

2. «Y cuando nazca el niño, séame entregado sin bautizar en aquella porterna secreta.» Son palabras de Merlín, en un pasaje de Malory. Steinbeck lo cita por su arcaica sonoridad. (*N. del T.*)

vileza de Mordred porque también él estaba en mí; y también había en mí algo de Galahad, aunque quizá no lo bastante. Pese a todo, también estaba en mí la apetencia del Grial, hondamente arraigada, y quizás aún lo esté.

Más tarde, como el hechizo perduró, acudí a las fuentes: al *Libro negro* de Caermarthen, al «Mabinogion y otros cuentos galeses» del *Libro rojo* de Hergest, al *De Excidio Britanniae* de Gildas, a la *Giraldus Cambrensis Historia Britonum*, y a muchos de los *Freenshe books*, los «libros franceses» de que habla Malory. Y con las fuentes, leí los sondeos y tanteos de los especialistas —Chambers, Sommer, Gollancz, Saintsbury—, pero siempre volvía a Malory, o quizá debería decir al Malory de Caxton, puesto que ése era el único Malory que había hasta hace más de treinta años, cuando se anunció que un manuscrito desconocido suyo se había descubierto en la Biblioteca del Winchester College. El descubrimiento me exaltó, pero como yo no era un especialista sino apenas un entusiasta, no tuve la oportunidad ni la cualificación para examinar el hallazgo hasta 1947, cuando Eugène Vinaver, profesor de Lengua y Literatura Francesas de la Universidad de Manchester, dio a conocer una edición en tres volúmenes de las obras de sir Thomas Malory hecha por la Universidad de Oxford, tomando el manuscrito Winchester. Ningún hombre podía ser más apto para esa tarea que el profesor Vinaver, con su gran conocimiento no sólo de los «libros franceses» sino también de las fuentes galesas, irlandesas, escocesas, bretonas e inglesas. Apor-

tó a su obra, además del enfoque erudito, ese matiz de gozo y maravilla tan infrecuente en la metodología del académico.

Durante mucho tiempo quise verter a la lengua moderna las historias del rey Arturo y los caballeros de la Tabla Redonda. Esas historias perduran hasta en aquellos que no las leyeron. Y es posible que hoy día nos impacienten las viejas palabras y los solemnes ritmos de Malory. No todos comparten mi inicial y persistente fascinación por esas cosas. Quise verterlas a la lengua llana de hoy para mis jóvenes hijos, y para otros hijos no tan jóvenes, verter el significado de esas historias tal como fueron escritas, sin excluir ni añadir nada, quizá para competir con las distorsiones del cine y la historia, que constituyen la única fuente accesible para esos muchachos y para otros que se impacientan con la escritura de Malory y con el uso de palabras arcaicas. Si puedo hacerlo, y a la vez preservar la maravilla y la magia, me daré por contento y satisfecho. No tengo la menor intención de reescribir a Malory, ni de reducirlo, transmutarlo, atenuarlo o sentimentalizarlo. Creo que las historias tienen la suficiente grandeza como para sobrevivir a mi intromisión, que en el mejor de los casos hará el texto más accesible para un mayor número de lectores, y en el peor de los casos no puede perjudicar a Malory en exceso. Después de tanto tiempo, hoy renuncio al Caxton de mi primer amor por el Winchester, que me parece más consustanciado con Malory. Mi gratitud al profesor Eugène Vinaver por hacer asequible el manuscrito Winchester.

Por mi parte, sólo me resta solicitar a mis lectores que me incluyan en la súplica de sir Thomas Malory, cuando dice: «Y ruego a todos vosotros, los que leéis este relato, que oréis por aquel que lo escribió para que Dios le conceda la liberación, y sea pronto y rápido. Amén».

JOHN STEINBECK

MERLÍN

Cuando Uther Pendragon era rey de Inglaterra recibió noticias de que su vasallo, el duque de Cornualles, había perpetrado actos de guerra contra su reino. Entonces Uther ordenó al duque que compareciera en la corte acompañado por su esposa Igraine, famosa por su discreción y hermosura.

Cuando el duque se presentó ante el rey, los grandes señores del consejo concertaron las paces entre ambos, de modo que el monarca le brindó su amistad y hospitalidad. Entonces observó Uther a lady Igraine y comprobó que era tan bella cuanto su fama lo proclamaba. Se prendó de ella, la deseó y le suplicó que yaciera con él, pero Igraine era una esposa leal y rechazó su propuesta.

Habló en privado con su esposo el duque, y le dijo:

—Creo que no te mandaron llamar a causa de una transgresión. El rey ha planeado deshonorarte a través de mí. Por lo tanto te ruego, esposo mío, que evitemos este peligro y cabalgemos hacia nuestro castillo al caer la noche, pues el rey no ha de tolerar mi negativa.

Y, según los deseos de lady Igraine, huyeron tan súbitamente que ni el rey ni el consejo notaron la fuga.

Cuando Uther descubrió que habían huido montó en cólera. Convocó a los señores y les refirió la traición del duque. Los nobles vieron y temieron su furia, y aconsejaron al rey que despachara mensajeros ordenando al duque que él y su esposa regresaran en el acto, pues dijeron:

—Si se niega a obedecerte, tendrás el deber y el derecho de hacerle la guerra y destruirlo.

Y así se hizo. Los mensajeros galoparon en pos del duque y volvieron con la lacónica respuesta de que ni él ni su esposa retornarían. Entonces el airado Uther le envió un segundo mensaje aconsejando al duque que armara sus defensas, porque en el lapso de cuarenta días el rey lo desalojaría del más fortificado de sus castillos.

Así advertido, el duque aprovisionó y armó sus dos mejores fortalezas. Envío a Igraine al castillo de Tintagel, sobre los altos riscos a orillas del mar, mientras él se disponía a defender Terrabil, una fortaleza de gruesas murallas con muchas puertas e innúmeras entradas secretas.

El rey Uther reunió un ejército y marchó sobre el duque. Alzó sus tiendas en las cercanías del castillo de Terrabil e inició el sitio. Muchos hombres perecieron durante los asaltos y la enconada defensa sin que ningún bando aventajara al otro, y al fin Uther cayó enfermo de furia y frustración y por añoranza de la bella Igraine.

Entonces el noble caballero sir Ulfius fue a la tienda de Uther y lo interrogó con respecto a la índole de su enfermedad.

—Te lo diré —dijo el rey—. Estoy enfermo de furia y de amor, y para eso no hay remedio alguno.

—Mi señor —dijo sir Ulfius—, iré en busca de Merlín el Mago. Ese hombre sabio y sagaz puede elaborar un remedio para dar contento a tu corazón.

—Y sir Ulfius partió en busca de Merlín.

Este Merlín era un hombre sabio y sutil con extraños y secretos poderes proféticos, capaz de esos trastornos de lo ordinario y lo evidente que reciben el nombre de magia. Conocía los tortuosos senderos de la mente humana y sabía además que un hombre simple y abierto es muy receptivo cuando algo misterioso lo confunde, y Merlín se complacía en el misterio. Así fue como el caballero sir Ulfius se encontró, como por casualidad, con un mendigo en harapos que le preguntó a quién buscaba.

El caballero no estaba habituado a que lo interrogaran gentes de tan baja ralea, y no se dignó responderle. Entonces el hombre en harapos rió y le dijo:

—No es necesario que me lo digas. Buscas a Merlín. No busques más. Yo soy Merlín.

—¿Tú..., tú...? Pero si tú eres un mendigo —exclamó sir Ulfius.

—También soy Merlín —dijo el mago, riéndose de su propia broma—. Y si el rey Uther me promete la recompensa que deseo, le daré cuanto anhela su corazón. Y la gracia que deseo redundará más en su honra y beneficio que en el mío.

Sir Ulfius, maravillado, declaró:

—Si es verdad lo que dices y tu demanda es razonable, puedo prometerte que la obtendrás.

—Entonces vuelve junto al rey; te seguiré tan rápido como pueda.

Sir Ulfius quedó satisfecho, volvió grupas y cabalgó a todo galope hasta que al fin llegó a la tienda donde Uther yacía enfermo, y le comunicó al rey que había encontrado a Merlín.

—¿Dónde está? —inquirió el rey.

—Mi señor —dijo Ulfius—, viene a pie. Llegará tan pronto como pueda.

—Y en ese momento vio que Merlín ya estaba parado a la entrada de la tienda, y Merlín sonrió, pues le complacía causar asombro.

Uther lo vio y le dio la bienvenida, y Merlín dijo con brusquedad:

—Señor, conozco cada rincón de tu corazón y tu mente. Si estás dispuesto a jurar, como rey ungido, que me otorgarás cuanto deseo, obtendrás lo que sé que anhela tu corazón.

Y tan grande era la ansiedad de Uther que juró por los cuatro evangelistas cumplir con su promesa.

—Señor —dijo entonces Merlín—, éste es mi deseo. La primera vez que hagas el amor con Igraine ella concebirá un hijo de tu sangre. Cuando nazca el niño, debes entregármelo para que yo haga con él mi voluntad. Pero prometo que esa voluntad obrará en favor de tu honra y en beneficio del niño. ¿Estás de acuerdo?

—Se hará como tú digas —dijo el rey.

—Entonces levántate y prepárate —dijo Merlín—. Esta misma noche yacerás con Igraine en el castillo de Titangel junto al mar.

—¿Cómo es posible? —preguntó el rey.

Y Merlín dijo:

—Mediante mis artes la induciré a creer que tú eres su esposo el duque. Sir Ulfius y yo iremos contigo, aunque bajo el aspecto de dos de los caballeros de confianza del duque. Debo advertirte, no obstante, de que cuando llegues al castillo hables lo menos posible para evitar que te descubran. Di que estás fatigado y enfermo y acuéstate de inmediato. Y en la mañana cuídate de levantarte hasta que yo venga en tu busca. Ahora prepárate, pues Tintagel está a diez millas de aquí.

Se prepararon, montaron a caballo y partieron. Pero el duque, desde las murallas del castillo de Terrabil, vio que el rey Uther se alejaba de las filas de los sitiadores y, enterado de que las fuerzas del rey no tenían quién las capitaneara, aguardó la caída de la noche para atacar con todas sus mesnadas desde las puertas del castillo. El duque murió en el combate, unas tres horas antes de la llegada del rey a Tintagel.

Mientras Uther, Merlín y sir Ulfius cabalgaban hacia el mar a través de las tinieblas rasgadas por la luna, la niebla flotaba imprecisa sobre las ciénagas, como una turba de tenues fantasmas envueltos en ropas vaporosas. Esa amorfa multitud los escoltaba, y las formas de los jinetes eran tan cambiantes como las imágenes dibujadas por las nubes. Cuando llegaron a las puertas de Tintagel, erguido sobre un peñasco abrupto y filoso asomado al rumoroso mar, los centinelas saludaron a las conocidas figuras del duque, sir Brastias y sir Jordanus, dos de sus hombres de confianza. Y en los penumbrosos pasadizos del castillo, lady Igraine acogió a su esposo y puntualmente lo condujo a su cámara. En-

tonces el rey Uther yació con Igraine y esa noche ella concibió un niño.

Cuando llegó el día, Merlín se presentó tal como lo había prometido. Y bajo la brumosa luz, Uther besó a Igraine y se apresuró a partir. Los centinelas somnolientos abrieron las puertas a su presunto señor y sus acompañantes, y los tres se perdieron en las nieblas del amanecer.

Y más tarde, cuando Igraine tuvo noticia de que su esposo había muerto, y de que ya estaba muerto cuando su imagen vino a yacer con ella, la invadió la consternación y quedó tristemente perpleja. Pero ahora estaba sola y atemorizada, y lloró a su señor en privado y no hizo comentario alguno.

Muerto el duque, no se justificaba la guerra, y los barones del rey le suplicaron que hiciese las paces con lady Igraine. El rey sonrió para sus adentros y se dejó persuadir. Solicitó a sir Ulfius que gestionara un encuentro, y la dama y el rey no tardaron en reunirse.

Entonces sir Ulfius habló a los barones en presencia del rey y de Igraine.

—¿Qué motivo de disputa hay aquí? —declaró—. Nuestro rey es un caballero muy fuerte y fogoso y no tiene mujer. Mi señora Igraine es discreta y hermosa... —hizo una pausa y luego prosiguió—, y libre de contraer matrimonio. Sería una alegría para todos nosotros que el rey consintiera en convertir a Igraine en su reina.

Entonces los barones vocearon su consentimiento y urgieron al rey a realizar ese acto. Y Uther, siendo un fogoso caballero, consintió que lo persuadieran, y con apresuramiento y alegría y júbilo se casaron por la mañana.

Igraine tenía tres hijas del duque y, por voluntad y sugerencia de Uther, cundió la fiebre nupcial. El rey Lot de Lothian y Orkney desposó a la hija mayor, Margawse, y el rey Nentres de Garlot se casó con la segunda hija, Elaine. La tercera hija de Igraine, Morgan le Fay, era demasiado joven para el matrimonio. La internaron en un convento para que la educasen, y allí aprendió tanto de magia y nigromancia que se convirtió en una experta en dichos arcanos. Luego, al cabo de medio año, la reina Igraine engrosó del niño que estaba por nacer. Y una noche, cuando Uther yacía junto a ella, puso a prueba su lealtad y su inocencia. Le preguntó, por la fe que le debía, quién era el padre de su hijo. La reina, profundamente consternada, vaciló en responder.

No desfallezcas –dijo Uther–. Dime sólo la verdad, sea cual fuere, y te amaré más que antes por ello.

–Señor –dijo Igraine–, por cierto te diré la verdad, bien que yo no la comprendo. Durante la noche en que murió mi esposo, y después que él fue muerto en batalla, si no mienten los informes de sus caballeros, se introdujo en mi castillo de Titangel un hombre exactamente igual a mi esposo en su habla y figura, así como en otras cualidades. Y con él venían dos de sus caballeros, de mí conocidos: sir Brastias y sir Jordanus. De modo que me acosté con él, según me cumplía hacerlo con mi señor. Y esa noche, lo juro por Dios, concebí este niño. Estoy perpleja, mi señor, pues no puede haber sido el duque. Y no sé y no comprendo otra cosa que esto.

Uther quedó satisfecho al comprobar la sinceridad de la reina.

—Ésa es la verdad —exclamó—, es tal como dices. Pues fui yo mismo quien llegó a ti con la figura de tu esposo, por obra de los secretos artificios de Merlín. Por lo tanto, renuncia a tu perplejidad y tus temores, pues yo soy el padre de tu hijo.

Y la reina se sosegó, pues ese enigma la había perturbado profundamente.

Al poco tiempo Merlín se presentó ante el rey, diciéndole:

—Señor, el momento se acerca. Debemos planear la entrega de tu hijo cuando nazca.

—Recuerdo mi promesa —dijo Uther—. Todo se hará según tus consejos.

—Propongo pues a uno de tus señores —dijo entonces Merlín—, un hombre fiel y honorable. Se llama sir Ector y posee tierras y castillos en muchas partes de Inglaterra y Gales. Haz que este hombre se presente ante ti. Y si te satisface, requiérele que ponga a su hijo al cuidado de otra mujer, para que su esposa pueda amamantar al tuyo. Y cuando nazca tu hijo, debe serme entregado, según me lo prometiste, sin bautizar y sin nombre; y yo se lo llevaré secretamente a sir Ector.

Cuando sir Ector se presentó ante Uther le prometió hacerse cargo del niño, y a causa de esto el rey le dio por recompensa vastas heredades.

Y cuando la reina Igraine dio a luz, el rey ordenó a los caballeros y a dos damas que envolvieran al niño en tela de oro y lo sacaran por una poterna para entregárselo a un pobre hombre que aguardaba a las puertas.

Así el niño le fue entregado a Merlín, quien se lo llevó a sir Ector, cuya esposa le dio de mamar de su

propio pecho. Luego Merlín trajo un sacerdote para bautizar al niño, a quien llamaron Arturo.

A los dos años del nacimiento de Arturo, un mal implacable se abatió sobre Uther Pendragon. Entonces, viendo la impotencia del rey, sus enemigos saquearon el reino y derribaron a sus caballeros y mataron a muchos de sus hombres. Y Merlín despachó un mensaje al rey, urgiéndolo con aspereza: «No tienes derecho a yacer en tu cama, sea cual fuere tu enfermedad. Debes salir a batallar al frente de tus hombres, aunque debas hacerlo tendido sobre una litera, pues tus enemigos nunca serán derrotados hasta que tú mismo les hagas frente. Sólo entonces obtendrás la victoria».

El rey Uther escuchó estas palabras y sus caballeros lo llevaron fuera y lo depositaron sobre una litera entre dos caballos, y en esas condiciones condujo a sus mesnadas contra las del adversario. En St. Albans chocaron con un gran ejército de invasores del norte y presentaron batalla. Y ese día sir Ulfius y sir Brastias realizaron grandes hechos de armas, y los hombres del rey Uther cobraron ánimos y atacaron con reciedumbre y ultimaron a muchos enemigos obligando al resto a darse a la fuga. Concluido el combate, el rey regresó a Londres para celebrar su victoria. Pero había perdido las fuerzas y cayó en un sopor profundo, y por tres días y tres noches estuvo paralítico y sin habla. Sus barones, contristados y temerosos, le preguntaron a Merlín qué convenía hacer.

Entonces dijo Merlín:

—Sólo Dios posee el remedio. Pero si es vuestra voluntad, venid ante el rey mañana por la mañana, y con

la ayuda de Dios intentaré devolverle el habla. —Y por la mañana comparecieron los barones, y Merlín se acercó al lecho donde yacía el rey y dijo en alta voz: —Señor, ¿es tu voluntad que tu hijo Arturo sea rey cuando tú hayas muerto?

Entonces Uther Pendragon se volvió y tras duros esfuerzos dijo al fin, en presencia de todos sus barones:

—Le doy a Arturo la bendición de Dios y la mía, y pido que él ruegue por mi alma. —Luego Uther reunió sus fuerzas para gritar—: Si Arturo no reclama la corona de Inglaterra con justicia y honor, sea indigno de mi bendición. —Y con esas palabras, el rey cayó hacia atrás y no tardó en morir.

El rey Uther fue sepultado con toda la pompa digna de un soberano, y su reina, la bella Igraine, guardó luto por él junto a todos sus barones. La pesadumbre invadió la corte, y durante mucho tiempo el trono de Inglaterra permaneció vacante. Entonces surgieron peligros por todas partes: pueblos enemigos asediaron las fronteras y señores ambiciosos hostigaron el reino. Los barones se rodearon de gentes armadas y muchos ansiaron adueñarse de la corona. En medio de esta anarquía nadie estaba a salvo y las leyes no eran respetadas, de manera que Merlín finalmente se presentó al arzobispo de Cantórbey y le aconsejó que convocara a todos los señores y caballeros armados del reino para que se reunieran en Londres en Navidad, amenazando con la excomunión a quien se negara a concurrir. Puesto que Jesús había nacido en Nochebuena, creíase que quizás en esa noche sagrada les ofreciera una señal milagrosa para in-

dicar a quién le correspondía el trono del reino. Cuando el mensaje del arzobispo llegó a oídos de los señores y caballeros, muchos de ellos se sintieron llamados a purificar sus vidas para que sus plegarias resultaran más aceptables a Dios.

En la iglesia más imponente de Londres (probablemente la catedral de San Pablo), los señores y caballeros se reunieron para orar mucho antes del alba. Y cuando concluyeron los maitines y la primera misa, se vio en el patio de la iglesia, en un sitio muy próximo al altar mayor, un gran bloque de mármol, y en el mármol había un yunque de acero atravesado por una espada. Tenía esta inscripción en letras de oro:

QUIENQUIERA QUE EXTRAIGA
ESTA ESPADA
DE ESTA PIEDRA Y ESTE YUNQUE
ES REY DE INGLATERRA
POR DERECHO DE NACIMIENTO

Las gentes se asombraron y llevaron las nuevas del milagro al arzobispo, quien les dijo:

—Volved a la iglesia y rezadle a Dios. Y que hombre alguno toque la espada hasta que se cante la Misa Mayor. —Y así lo hicieron, pero en cuanto concluyó el servicio todos los señores fueron a ver la piedra y la espada y algunos trataron de sacar la hoja, pero sus tentativas fueron en vano.

—No está aquí el varón capaz de extraer esa espada —declaró el arzobispo—, pero sin duda Dios nos lo mostrará. Hasta entonces —prosiguió—, sugiero que diez ca-

balleros famosos por su virtud sean designados para custodiar esta espada.

Así se ordenó, y más tarde se pregonó que todo hombre que quisiera probar suerte podía tratar de sacar la espada. Para el día de Año Nuevo se anunció un gran torneo, proyectado por el arzobispo a fin de que los señores y caballeros permanecieran juntos, puesto que calculaba que para ese momento Dios les permitiría conocer al hombre capaz de conquistar la espada.

El día de Año Nuevo, al concluir los oficios sagrados, los caballeros y barones se dirigieron al campo donde habían de librarse las justas, en las cuales dos hombres con armadura se enfrentarían en singular combate intentando derribar a su oponente. Otros se unieron al torneo, deporte militar que solía congrega a grupos selectos de hombres armados y de a caballo. Mediante esta práctica los caballeros y barones conservaban su destreza y se entrenaban para la guerra, además de conquistar honra y renombre por su gallardía y pericia con el caballo, el escudo, la lanza y la espada, pues todos los barones y caballeros eran gente de armas.

Sucedió que sir Ector, quien poseía tierras en las cercanías de Londres, vino a unirse a las justas acompañado de su hijo sir Kay, armado caballero recientemente, el día de Todos los Santos, y también del joven Arturo, quien había sido criado en la casa de sir Ector y era hermano de leche de sir Kay. Cuando cabalgaban rumbo al torneo, sir Kay advirtió que había olvidado la espada en la casa de su padre y solicitó al joven Arturo que volviera en su busca.

—Lo haré con sumo placer —dijo Arturo, y volvió grupas y galopó en busca de la espada de su hermano de leche. Pero cuando llegó a la casa la encontró desierta y cerrada con trancas, pues todos se habían marchado para ver las justas.

Entonces Arturo se encolerizó y se dijo a sí mismo:

—Muy bien, cabalgaré hasta la iglesia y arrancaré la espada incrustada en la piedra. No quiero que mi hermano sir Kay esté hoy sin espada.

Cuando llegó a la iglesia, Arturo desmontó y sujetó la cabalgadura al portillo. Se dirigió a la tienda y no encontró allí a los caballeros custodios, pues también ellos habían asistido al torneo. Entonces Arturo aferró la espada por la empuñadura y con ímpetu y facilidad la extrajo del yunque y la piedra, y luego montó a caballo y cabalgó velozmente hasta alcanzar a sir Kay, a quien se la dio.

En cuanto sir Kay vio la espada, notó que era la que estaba en la piedra y rápidamente fue hasta su padre y se la mostró.

—¡Señor, mira esto! Tengo la espada de la piedra y por lo tanto debo ser rey de Inglaterra.

Sir Ector reconoció la espada y llamó a Arturo y a sir Kay, y los tres regresaron rápidamente a la iglesia. Y allí sir Ector hizo declarar a sir Kay, bajo juramento, dónde había conseguido la espada.

—Me la trajo mi hermano Arturo —respondió sir Kay. Entonces sir Ector se volvió hacia Arturo.

—¿Dónde obtuviste esta espada?

—Cuando regresé en busca de la espada de mi hermano —dijo Arturo—, no encontré a nadie en casa, así

que no pude traerla. No quería que mi hermano estuviera sin espada, de modo que vine aquí y tomé la que estaba en la piedra para dársela.

—¿No había ningún caballero custodiando la espada? —preguntó sir Ector.

—No, señor —dijo Arturo—. No había nadie.

Sir Ector guardó silencio un instante y luego dijo:

—Ahora comprendo que tú debes ser rey de estas tierras.

—No entiendo —dijo Arturo—. ¿Por qué razón yo debo ser rey?

—Mi señor —dijo sir Ector—, es la voluntad de Dios que sólo el hombre capaz de extraer esta espada de la piedra tenga derecho a la corona del reino. Ahora déjame ver si puedes devolver la espada a su sitio y volver a sacarla.

—No es difícil —dijo Arturo, e introdujo la espada en el yunque. Entonces sir Ector trató de sacarla y no pudo, y le dijo a sir Kay que lo intentara. Sir Kay tiró de la espada con todas sus fuerzas pero no pudo moverla.

—Ahora te toca a ti —le dijo sir Ector a Arturo.

—Muy bien —dijo Arturo. Y extrajo la espada sin dificultad.

Entonces sir Ector y sir Kay se hincaron de rodillas ante él.

—¿Qué es esto? —exclamó Arturo—. Padre y hermano míos, ¿por qué os arrodilláis ante mí?

—Mi señor Arturo —dijo sir Ector—, no soy tu padre ni somos de la misma sangre. Creo que eres de sangre más noble que la mía. —Entonces sir Ector le refirió a Arturo cómo lo había tomado a su cargo por or-

den de Uther, y también le refirió la intervención de Merlín.

Al enterarse de que sir Ector no era su padre, Arturo sintió una tristeza que se agudizó cuando sir Ector le dijo:

—Señor, ¿contaré con tu bondad y protección cuando te conviertas en rey?

—¿Por qué habría de ser de otro modo? —exclamó Arturo—. Te debo más que a nadie en el mundo, a ti y a tu esposa, mi madre y señora, quien me amamantó y me cuidó como a un hijo propio. Y si, como dices, es voluntad de Dios que yo sea rey, pídemelo lo que quieras, que no he de fallarte.

—Mi señor —dijo sir Ector—, sólo una cosa te pediré, y es que nombres a mi hijo sir Kay, tu hermano de leche, senescal y protector de tus tierras.

—Se hará eso y mucho más. Por mi honra, que nadie sino sir Kay ejercerá esa función mientras yo viva.

Luego los tres fueron ante el arzobispo y le contaron cómo la espada había sido extraída de la piedra, y él dio órdenes de que volvieran a reunirse los barones, quienes nuevamente intentaron sacar la espada. Todos fracasaron excepto Arturo.

Muchos de los señores, presa de la envidia y el furor, dijeron que era vergonzoso e insultante que el reino fuera gobernado por un muchacho cuya sangre no era real. La decisión se postergó hasta Candelaria, tras acordar una nueva reunión para esa fecha. Se designaron diez caballeros para vigilar la espada y la piedra. Se alzó una tienda para protegerla y a toda hora había cinco caballeros de guardia.

En Candelaria acudió un número aún mayor de señores para intentar sacar la espada, pero nadie pudo lograrlo. Arturo, al igual que antes, lo consiguió sin esfuerzo. Entonces los airados barones postergaron la resolución hasta Pascua, y de nuevo Arturo fue el único capaz de extraer la espada. Algunos de los grandes señores se oponían a que Arturo ciñera la corona y demoraron la prueba definitiva hasta Pascua de Pentecostés. Tan enfurecidos estaban que la vida de Arturo corría peligro. El arzobispo de Cantórbery, aconsejado por Merlín, convocó a aquellos caballeros a quienes Uther Pendragon había hecho depositarios de su amor y su confianza. Hombres de la talla de sir Bawdewyn de Bretaña, sir Kaynes, sir Ulfius y sir Brastias, todos ellos y muchos más permanecieron día y noche cerca de Arturo para protegerlo hasta la Pascua de Pentecostés.

Cuando llegó Pentecostés, se reunió una gran multitud y hombres de toda ralea se esforzaron por sacar la espada de la piedra, sin que ninguno tuviera éxito. Luego Arturo subió a la piedra en presencia de todos los señores y de las gentes comunes, y extrajo la espada con facilidad y la exhibió ante todos ellos. El pueblo quedó convencido y declaró, a viva voz y al unísono:

—Queremos que Arturo sea nuestro rey sin más demora. Evidentemente, es voluntad de Dios que sea rey y mataremos a todo el que se interponga en su camino.

Y así, ricos y humildes se arrodillaron y solicitaron el perdón de Arturo por haber demorado tanto tiempo. Arturo los perdonó, y luego tomó la espada en sus manos y la depositó en el altar mayor. El arzobispo tomó la espada y tocó a Arturo en el hombro y lo armó

caballero. Luego Arturo juró ante todos los señores y las gentes comunes que sería un rey justo y leal hasta el fin de sus días.

Ordenó a los señores que habían recibido honores y tierras de la corona que cumplieran con las obligaciones debidas a él. Y luego escuchó las quejas y acusaciones de los crímenes y desmanes perpetrados en el reino desde la muerte de su padre Uther Pendragon, que aludían a territorios y castillos tomados por la fuerza, a hombres asesinados, a caballeros, damas y gentilhombres asaltados y despojados durante ese período en que no había rey ni justicia. Y Arturo hizo devolver las tierras y posesiones a sus auténticos propietarios.

Cumplida esa tarea, el rey Arturo organizó su gobierno. Designó a sus caballeros más fieles para los altos cargos. Nombró a sir Kay senescal de toda Inglaterra, a sir Bawdewyn de Bretaña condestable, para que guardara el orden y la paz. A sir Ulfius lo nombró chambelán, y a sir Brastias guardián de las marcas del norte, pues del norte procedía la mayor parte de los enemigos de Inglaterra. En pocos años, Arturo conquistó el norte y tomó Escocia y Gales y, si bien algunas regiones se le opusieron por un tiempo, a todas concluyó por dominarlas.

En cuanto impuso la paz y el orden en todo el reino y demostró que era un auténtico rey, Arturo se trasladó con sus caballeros a Gales para ser formalmente coronado en la antigua ciudad de Caerleon. Escogió Pentecostés como día de la coronación y dispuso una gran fiesta para todos sus súbditos.